

Prólogo

Londres, comienzos de noviembre de 1812

El obituario en los diarios de Londres era pequeño, pero atrajo considerable atención. Tres de los amigos jugadores de Loco Mac Mackenzie se reunieron en el club y brindaron por él.

—Al menos burló al verdugo —dijo uno, respetuosamente.

Los tres volvieron a levantar las copas para brindar.

Varias damas de la buena sociedad suspiraron con pesar, tal vez limpiándose una o dos lágrimas de verdadera pena; qué terrible pérdida la de esa virilidad tan magnífica aunque irritante.

Un hombre que aseguró ser amigo de Mackenzie soltó una maldición y dio un fuerte puñetazo de pena en el diario.

Su hermanastro Will Masterson, que era el hijo legítimo, se enteró de la noticia unos días después. Lo lamentó sin llorar, pensando si sería cierto que había muerto su exasperante hermano.

La directora de escuela y madre adoptiva de Mackenzie, lady Agnes Westerfield, cerró los ojos y lloró; típico de Loco Mac entenderlo mal; tendría que estar prohibido que los jóvenes murieran antes que sus mayores; era tremendamente injusto.

Mac frunció el ceño al leer su obituario y deseó que su hermano Will no lo viera. Dejando el diario a un lado deseó también no tener que continuar muerto mucho tiempo.

Estar muerto no reportaría ningún beneficio a su negocio.



Capítulo 1

Kent, fines de octubre de 1812

Emitiendo una risa cantarina, se recogió la falda del traje de montar y se alejó a toda prisa por el largo corredor antes que el joven de pelo dorado pudiera terminar su proposición. Cuando llegó a la puerta del final del corredor, se detuvo a mirar atrás por encima del hombro, con expresión traviesa.

El honorable Godfrey Hitchcock, rubio y seguro de sí mismo a la luz del sol, que había aparecido después de varios días de lluvia, le sonrió:

—Después hablaremos, lady Kiri, y terminaré lo que comencé a pedirte.

Kiri Lawford le dirigió esa pronta sonrisa que siempre dejaba sin aliento a los hombres y pasó por la puerta. Cuando se encontró fuera de su vista, aminoró el paso, con expresión pensativa. Godfrey era un joven encantador, el pretendiente más atractivo que había tenido desde que llegara su familia a Londres un año atrás.

Pero, ¿de verdad deseaba casarse con él?

Le agradó que él se le hubiera unido para esa cabalgada a última hora de la tarde, aun cuando se arriesgaban a retrasarse para la cena. Había querido aprovechar esa excepcional tarde de sol después de estar atrapada dentro de la casa desde que llegó a Gri-

mes Hall para esa estancia de varios días de vida social. Él era un jinete de primera clase, capaz de ir a su velocidad galopando por las colinas de Kent.

Oficialmente ella sólo era una del grupo de personas invitadas, pero todos entendían que estaba ahí para conocer a la familia de Godfrey mientras se conocían mejor entre ellos en ese ambiente relajado. Su madre tenía pensado acompañarla, pero al caer con sarampión varias personas de la casa, finalmente tuvo que quedarse en Londres.

Por suerte ella estaba alojada en la casa Ashton con su hermano, lo que la salvó de contagiarse, y le permitió viajar a Kent con un matrimonio mayor que estaban invitados a la reunión social.

La visita iba bien. Los Hitchcock la miraban con una minuciosidad que sugería que creían que pronto ella formaría parte de la familia. Los encontraba bastante agradables, a la fría manera inglesa.

El matrimonio no sería lo mejor de lo mejor para ella, ya que Godfrey sólo era el tercer hijo de un conde mientras que ella era hija de un duque, pero él le caía muy bien. En el año transcurrido desde que llegara con su familia de India no había encontrado ningún hombre cotizante que le gustara más.

Godfrey no la trataba como a una vulgar fulana extranjera, exótica, indigna de respeto. Además, besaba muy bien, lo que seguro era un buen rasgo en un marido, y su toque de rebeldía igualaba al suyo. Pero ¿era eso una base lo bastante fuerte para un matrimonio?

Su madre, Lakshmi, descendía de la realeza india y a pesar de su dulzura había desafiado dos veces la tradición casándose con ingleses, las dos veces por amor. Su padre, el sexto duque de Ashton, murió antes que naciera ella, pero había visto el amor entre su madre y su segundo marido, John Stillwell. Su padrastro había sido un famoso general en India, y era el único padre que conocía; un buen padre, además, que la trataba igual que a sus dos hijos.

Godfrey era entretenido y buena compañía, pero comparado con el general Stillwell parecía algo escaso de sustancia. Claro que la mayoría de los hombres lo eran, aunque su hermano Adam estaba bastante a la altura del general, como también lo estaban sus interesantes amigos, ahora que lo pensaba. Una lástima que la trataran como a una hermana pequeña.

Pero tal vez no era justa con Godfrey; simplemente no lo conocía lo bastante bien para saber si tenía profundidades ocultas. Debía aceptar el ofrecimiento de su madre, lady Norland, invitándola a quedarse otra semana después que se hubieran marchado los demás invitados.

Pensando si sus padres podrían venir si ella se quedaba más días, decidió pasar por la sala de estar de mañana de lady Norland, donde sin duda estaría si aún no había subido a cambiarse para la cena, y así podría decirle que aceptaba la invitación a quedarse más tiempo. Sin duda otra semana en compañía de Godfrey le aclararía el asunto de si harían buena pareja.

La sala de estar de mañana de la condesa era acogedora y atractiva, y esta pasaba buena parte de su tiempo ahí con sus amigas. Abrió suavemente la puerta y se detuvo al ver que lady Norland estaba charlando con su hermana, lady Shrimpton. Sentadas en un sofá, de espaldas a la puerta, ninguna de las dos la vio.

Podría hablar con su anfitriona después, pensó. Estaba a punto de cerrar la puerta y alejarse cuando lady Shrimpton dijo:

—¿De veras que Godfrey se va a casar con esa chica, Kiri?

Kiri se quedó paralizada ante ese tono despectivo. ¿Qué diablos...?

—Es probable —contestó lady Norland—. Ella parece bastante enamorada. ¿Qué chica se resistiría a un hombre tan guapo y encantador?

—Me sorprende que tú y Norland vayáis a permitir ese matrimonio —dijo la hermana, desaprobadora—. Yo no permitiría

que un hijo mío se casara con una extranjera mestiza. ¡Qué criatura tan vulgar y atrevida! He visto los señuelos que arroja. Vamos, los hombres la olisquean como perros sabuesos. Godfrey no sabrá si sus hijos son suyos.

Kiri se llevó la mano al pecho al sentir el vuelco de conmoción que le dio el corazón. Su hermano Adam había sido objeto de desaprobación por su sangre mixta, pero a ella la habían tratado con más tolerancia porque era una simple mujer, no un duque inglés. Si bien algunos miembros de la alta sociedad la desaprobaban por su raza, normalmente eran discretos al respecto. Nunca había oído esa mala voluntad dirigida a ella.

—La muchacha es medio inglesa y su padrastro es el general Stillwell, así que debería tener ciertas nociones acerca de la conducta decorosa —dijo lady Norland, en un tono que revelaba que no estaba muy segura de eso—. Lo que importa es que es hija de un duque y tendrá una muy generosa dote. Godfrey es de gustos caros y no encontrará una esposa más rica que esta. Si le endilga críos de otros hombres, bueno, él tiene dos hermanos mayores que ya tienen hijos, por lo que su sangre nunca manchará el título.

—Una buena dote compensa mucho, cierto —dijo lady Shrimpton—, pero tendrás que relacionarte con esa horrenda madre que tiene. Una pagana, ¡y tan morena!

—Lady Kiri es menos morena, y su dote es oro —dijo lady Norland, riendo—. Supongo que no debo hacerle un desaire a su madre, pero créeme, habrá poca relación social entre esa familia y la nuestra, a pesar de la presencia del general Stillwell.

A Kiri se le oscureció la visión, se le puso todo rojo, pues se apoderó de ella una rabia asesina. Cómo podían atreverse a hablar así de su madre, que era la mujer más sabia, buena y amable que había conocido en toda su vida; era una verdadera dama, bajo el criterio que fuera. Deseó aplastar, arañar, mutilar a esas dos horrendas mujeres. Ansió borrarles de la cara esas sonrisas despectivas, aplastarles esa intolerancia.

Y era capaz. De niña le fascinaban las historias de antiguas reinas guerreras, así que insistió en acompañar a sus primos indios en el estudio del tradicional arte de la lucha llamado «kalaripayattu»; había sido una de las mejores alumnas de la clase, y en ese momento ardía de ganas de usar sus habilidades con esas mujeres malvadas.

Pero estaría mal matar a su anfitriona; tampoco debía asesinar a Godfrey, ese embustero y engañoso cazadotes. Echó a andar a ciegas hacia su habitación, sintiéndose enferma al caer en la cuenta de que había considerado la posibilidad de casarse con él. Se pasó el puño por la boca para borrarse el recuerdo de sus besos.

Casi tanto como las despectivas alusiones a su madre, le enfurecía ese horrible comentario de que ella era una furcia que arrojaba señuelos a los hombres. Se había criado en campamentos militares, entre hombres, y le encantaba su compañía. Desde que tenía edad para caminar los subalternos del general Stillwell la fastidiaban, conversaban con ella y le enseñaron a cabalgar, a cazar y a disparar. Y después, cuando creció, algunos oficiales se enamoraron perdidamente de ella. Y, por supuesto, ella no era una tímida señorita inglesa que les tenía miedo a todos los hombres que no fueran de su familia.

No podía continuar en esa casa ni un solo día más, ni siquiera una hora más. Aliviada entró en su habitación. Podía tomar prestado un caballo de los Norland y cabalgar a campo través hasta Dover, concurrido puerto donde no le costaría nada coger una diligencia para volver a Londres.

Haciendo saltar botones por lo temblorosas que tenía las manos, se quitó el traje de montar nuevo que había llevado en las cabalgadas diarias con Godfrey. Se había esforzado en ser una dama inglesa en todo, pero ya no.

Libre de las yardas de tela, hurgó en su ropero hasta encontrar la bien usada falda dividida en perneras que trajo de India.

Esa falda pantalón le permitía montar a horcajadas, y había pensado que podría usarla ahí.

Se la puso y la tela beis cayó en su lugar con agradable familiaridad; mientras se ponía una chaqueta azul marino entallada se miró en el espejo del ropero.

Pelo negro, ojos verde vivo, altura mayor de la normal, incluso para una chica inglesa; su piel era más morena que la de las inglesas corrientes, pero no tanto que llamara la atención.

Esa era la verdadera Kiri Lawford, hija del imperio, medio inglesa, medio india, y orgullosa de los dos legados. Con sari y un bindi pintado en la frente se vería casi totalmente india, tal como con el traje de montar parecía casi totalmente inglesa.

Pero nunca totalmente lo uno ni lo otro. Eso no lo podía cambiar; ni deseaba cambiarlo. Y mucho menos para complacer a mujeres de lengua viperina como lady Norland y su hermana.

Era poco lo que podía llevarse a caballo, así que paseó la mirada por la habitación para ver si había algo imprescindible aparte de su dinero. Había traído algunos de sus mejores vestidos, pero no se quedaría ahí simplemente para proteger su ropa.

Envolvió sus joyas en una muda de lino y luego todo en un chal indio; el envoltorio metido en una bolsa de piel no estorbaría nada detrás de la silla.

Aunque le habría gustado salir de la casa de inmediato y pisando fuerte, la habían educado demasiado bien; no podía irse sin decir palabra. Debía escribirle una nota a la mujer con la que viajó, y eso sería fácil; también debía dejarle una nota a Godfrey, y eso no sería fácil; pero no consiguió decidirse a dejarle una a lady Norland. Se sentó ante el escritorio y escribió la primera nota. En la dirigida a él deseó manifestarle toda su furia, pero un simple papel no podía contener esa furia.

Finalmente se decidió por: «*Debe buscar otra dote para cazar. Envíe, por favor, mis pertenencias a la casa Ashton*». Adrede especificó la mansión ducal de su hermano. Esas perso-

nas podían considerarla una furcia, pero, pardiez, era una furcia de alcurnia.

Dado que su doncella no pudo venir por estar atrapada en la casa por la cuarentena del sarampión, le habían asignado una chica de la casa Norland, de poca habilidad y menos personalidad. Le dejó una generosa propina por sus servicios y salió de la habitación.

Afortunadamente no vio a ninguno de los Hitchcock ni de los invitados cuando bajó la escalera, salió de la casa y se dirigió al establo. Sabía qué caballo deseaba: *Chieftain*, un espléndido bayo castrado purasangre que pertenecía al hermano mayor de Godfrey, George. George, el pomposo heredero del título, casado con una sosa rubia y padre de dos niños rubios firmemente ingleses. El hombre no se merecía un caballo tan fino; había estado deseando cabalgarlo.

En el establo reinaba el silencio, así que supuso que los mozos estaban cenando. Daba igual, ya se había hecho amiga de *Chieftain* esa semana. Se detuvo a pensar qué silla usar.

La de Godfrey era de buen tamaño, pero le dio repelús usar algo de él, así que eligió una que no tuviera dueño. Sólo le llevó unos minutos ensillar a *Chieftain* y llevarlo fuera del establo tirando de las riendas. Ahí montó con la misma facilidad que un hombre, lo hizo virar en dirección a Dover y salió de Grimes Hall para no volver jamás.



Capítulo 2

Era una suerte que la rabia la mantuviera abrigada, pensó mordazmente; si no, estaría tiritando. A fines de octubre la noche caía pronto cuando el cielo se nublaba, y la temperatura bajaba como una piedra en caída libre. Aunque *Chieftain* era una montura espléndida, el avance era lento debido a que el suelo estaba pantanoso por la lluvia de varios días. El serpentino camino que seguía hacia el norte, hacia Dover, subía y bajaba por las escarpadas colinas, y eso la enlentecía más aún.

Pero Dover estaba a sólo unas millas. No podía dejar de llegar ahí si seguía ese camino, que discurría paralelo a la costa. Pasaría la noche en una posada, una buena y abrigada posada, y por la mañana cogería una diligencia para volver a Londres. Sería interesante viajar en un coche público en lugar de uno lujoso particular. Le gustaban las nuevas experiencias, aun cuando era probable que fueran incómodas.

Al bajar por una colina el camino se estrechó tanto que apenas cabía un caballo con su jinete. Menos mal que estaba en Inglaterra, relativamente segura, y no en India, donde podría haber bandoleros ocultos al acecho.

Estaba imaginándose un hogar con crepitante fuego cuando al dar la vuelta a un recodo se encontró ante una hilera de ponies bien cargados que iban subiendo. ¿Qué diablos...? Le llevó un momento darse cuenta de que en el enredo había hombres de aspecto tosco, ponies y linternas casi cerradas.

¡Contrabandistas! En el instante en que le pasó la idea por la cabeza intentó girar a *Chieftain* para escapar, pero los librecambistas también se habían recuperado de la sorpresa.

— ¡Cogedlo! — gritó una voz dura—. No podemos permitir que nos vea un desconocido.

Un contrabandista se abalanzó a cogerla. Ella movió la fusta y le golpeó la cara, al tiempo que apretaba los talones para poner en movimiento a *Chieftain*; pero se le abalanzaron más hombres y el sendero era tan estrecho que el caballo no pudo girar rápido. Apartó a dos hombres con patadas y golpeó a otros con la fusta, pero antes que lograra escapar una voz dura gritó:

— ¡Jed, usa tu red para cazar pájaros!

Por el aire voló una maloliente red con pesos, y cayó encima de ella, encerrándole los brazos y las piernas. Mientras ella intentaba liberarse, los hombres la bajaron del caballo de un tirón. Cayó con fuerza al suelo y furiosa soltó una sarta de maldiciones indias.

Un contrabandista pelirrojo la cogió y exclamó:

— ¡Jope, es una maldita mujer!

— ¿Con pantalones y montada a horcajadas? — dijo otro, escéptico.

— Conozco una teta cuando la toco.

Un hombre delgado, de cara larga y malhumorada se acercó y se arrodilló junto a ella, que tenía la cara claramente visible al delgado rayo de luz de una linterna.

— De acuerdo, es una mujer — dijo, con voz de jefe—. O más bien una niña. La oí decir algo en un idioma extranjero. ¿Hablas inglés, chica?

— ¡Mejor que usted!

Trató de golpearle la ingle con la rodilla, pero la red se lo impidió.

— Con esos pantalones, capitán Hawk, podría ser una puta — comentó uno de los hombres.

—¡No soy puta! —exclamó Kiri, y soltó otra sarta de palabrotas, esta vez en inglés, las palabras más sucias que puede aprender una niñita en un campamento del ejército.

—Puede que no sea una puta, pero seguro que no es una dama —dijo un hombre, con cierta admiración.

—Amordazadla y vendadle los ojos —ordenó Hawk, secamente—. Después atadla y ponedla encima de su silla. Howard, Jed, bajadla a la cueva y vigilad que no se escape. Esta noche viene Mac el Cuchillo, así que atendedlo bien si llega antes que nosotros. Entonces decidiremos qué hacer con ella.

—Yo ya sé que hacer con ella, capitán —dijo un hombre, soltando una risa lasciva.

—No toleraremos nada de eso —dijo Hawk, admirando a *Chieftain*—. Este caballo vale un bonito penique, así que la chica podría ser valiosa también.

—Tenemos que tener cuidado —advirtió un hombre corpulento—. Si su familia es muy importante, pedir un rescate podría traer aquí a una tropa de soldados buscándonos. Es más seguro follárnosla y después arrojarla desde una barca con unas pocas piedras atadas a los pies para que pese.

Kiri se tensó. Si se enteraban de que era hermana de un duque podrían tener tanto miedo de las consecuencias que la matarían para desembarazarse de ella. Llevaba un anillo de diamantes en la mano derecha, así que lo giró disimuladamente con el pulgar hasta dejar los diamantes hacia abajo, de forma que por arriba sólo se viera el sencillo aro.

—No soy ni rica ni importante, así que no hay ninguna necesidad de asesinarme.

—Hablas como una persona adinerada —dijo el capitán, entrecerrando los ojos—. ¿Cómo te llamas?

Rápidamente ella buscó un nombre que se pareciera un poco al suyo.

—Carrie Ford.

—En Deal hay unos Ford —dijo un hombre—. No parece ser una de ellos.

Atente a la verdad todo lo posible, se dijo Kiri.

—Soy de Londres, no de Deal.

—¿Dónde adquiriste este caballo tan fino? —preguntó Hawk.

Ella torció la boca.

—Lo robé para huir de un hombre que me mintió.

Y eso tenía la ventaja de ser cierto.

Los contrabandistas se rieron.

—Parece que es una mujer de nuestro tipo —dijo uno.

—Podría ser mentira —dijo Hawk, ceñudo—. Eso lo resolveremos después. Por ahora, atádlala y ponédlala en la silla y no le hagáis daño. Tenemos que reanudar la marcha.

A pesar de la enérgica resistencia que presentó, los contrabandistas lograron quitarle la red que le cubría la parte superior del cuerpo y maniatarla con una delgada y dura cuerda. Deseó chillar de frustración por no poder liberarse ella sola para luchar con todas sus fuerzas. Debería haber llevado un puñal encima, pero había deseado presentarse como una dama refinada ante el grupo de invitados a esa maldita casa Norland.

Howard, el corpulento, intentó amordazarla con un sucio trapo cuadrado.

—¡Cerdo canalla! —gruñó ella y le mordió los dedos.

—¡Cerde! —exclamó él y, dándole una palmada en la mejilla, le ató la mordaza tan apretada, que le dolió.

Pero ella tuvo la satisfacción de ver que le había hecho sangre.

Después del mordisco los hombres la trataron con recelosa eficiencia. Jed, el pelirrojo nervudo, le puso la venda en los ojos. Atada como un ganso para asar, la pusieron boca abajo atravesada sobre la silla de *Chieftain* y la amarraron al caballo.

La incomodidad de viajar de esa manera le retorció las entra-

ñas, sobre todo porque no veía nada; sólo por lo que oía y por lo que sentía sabía que la llevaban bajando por un sendero tan estrecho que de tanto en tanto rozaba una áspera pared de piedra con los pies.

Estaba peligrosamente a punto de vomitar cuando el caballo se detuvo, la desataron del caballo y la bajaron de la silla. Se tambaleó, pero una mano dura la cogió por el codo.

—Puesto que no hay nada que ver aparte de piedras —dijo la voz de Jed—, le voy a quitar la venda de los ojos para que pueda caminar sola.

Aunque era de noche, cuando le quitaron la venda logró hacerse una idea del entorno y se le despejó la cabeza. Estaban en una pequeña explanada rodeada por cantos rodados por todos lados. En un extremo había un sitio cercado, a modo de toscopotrero, con un montículo de heno en el centro, del que estaban alimentándose dos ponies.

Acercándose receloso, Jed intentó desensillar a *Chieftain*, y fue recompensado con un mordisco. Friccionándose el antebrazo en el que ya se le estaba formando un moretón, gruñó:

—Pues entonces puedes quedarte con tus arreos y estar incómodo, caballo.

Kiri vio que *Chieftain* entraba de buena gana en el potrero puesto que ahí lo esperaba el heno. Era un animal fino, así que era de esperar que alguno de los otros contrabandistas supiera cuidar de él. Aunque ella comprendía que Jed le tuviera miedo. *Chieftain* era enorme y fogoso, un aristócrata entre los caballos, y era evidente que no toleraba muy bien a los campesinos.

Jed le cogió el brazo y la llevó hasta dos cantos rodados por entre los cuales se entraba en un sendero que quedaba oculto. Al no poder usar las manos podría haberse caído si él no hubiera ido sosteniéndola. No había la menor posibilidad de escapar viniendo Howard detrás de ellos.

De pronto el sendero se allanó y continuó por una cornisa

rocosa que llevaba a la estrecha entrada de una cueva; de la cornisa bajaba otro sendero hasta una lonja de playa guijarrosa. Había luz suficiente para ver varias barcas amarradas en el pequeño puerto natural. La flota de los contrabandistas, pensó: para llevar pescado durante el día y coñac por la noche. Era un buen escondrijo que los barcos aduaneros que navegaban por la costa tendrían dificultad para encontrar.

Jed la hizo entrar en la cueva, que, después de un corto túnel, se ensanchaba formando un refugio sorprendentemente grande; Kiri calculó que era casi tan grande como el salón de baile de la casa Ashton.

Cuando ya estaban bastante alejados de la entrada, Jed encendió una linterna que iluminó gran parte de la cueva. Todos los huecos de las paredes de roca estaban llenos de mercancía de contrabando, en particular vino y licores en barriles pequeños fáciles de transportar. Había oído decir que los licores eran tan concentrados que beberlos en cantidad mataría a un hombre. Tenían que diluirlos con agua antes de servirlos.

Había fardos envueltos en hule encerado que probablemente contenían té y tabaco. Otros fardos podrían ser de rollos de tela, encajes y otros artículos de lujo. No podría ni hacerse una idea de cuánto podría valer esa mercancía. Muchísimo, seguro.

La llevaron al extremo de la cueva más alejado de la entrada. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo Howard, este le cerró una manilla de esposas en la muñeca de la mano izquierda. A pesar de su indignación por quedar atada a la pared por una cadena, como un animal, se quedó quieta mientras él cortaba la cuerda que le ataba las manos; la cuerda había sido atada con la pericia de un marinero y se le enterraba dolorosamente en las muñecas.

Se estaba friccionando los surcos dejados por la cuerda cuando Howard le puso una pesada mano en un pecho y se lo apretó. Furiosa, retrocedió y le dio una patada en la ingle. No le dio

exactamente en el centro, pero la bota de montar golpeó cerca, y tan fuerte que él lanzó un grito y retrocedió, cogiéndose las partes pudendas con las dos manos.

—¡Cerde! —Doblado y boqueando de dolor, levantó su puñal—: ¡Lo lamentarás!

—Tienes que entender que la muchacha no desee que la manoseen —dijo Jed, poniéndole una mano en el brazo y deteniéndole el movimiento—. El capitán sabrá qué hacer con ella. Enciende una fogata mientras yo pongo las guarniciones para preparar el ponche.

Refunfuñando, Howard obedeció, y a los pocos minutos los dos hombres estuvieron sentados junto a una pequeña fogata, turnándose en beber de una botella de gin. A las narices de Kiri llegaba claramente el olor a enebro.

El gin mantuvo quieto y callado a Howard mientras Jed preparaba el ponche; lo primero que hizo fue suspender una enorme olla con agua sobre el fuego. Después añadió azúcar, un limón y una pulgarada de nuez moscada. El contrabando tenía que ser lucrativo, si podían permitirse esos ingredientes.

La nuez moscada y el limón daban un agradable aroma al aire, mientras el humo desaparecía en las grietas del techo. Kiri supuso que cuando estuviera caliente el agua con los ingredientes le añadirían ron o algún otro licor. A ella no le importaría beberse una jarra: tenía una sed horrorosa, además de frío.

Puesto que no podía hacer nada para calmar la sed y aliviar el frío, se sentó con la espalda apoyada en la pared y levantó las rodillas. Apoyando las manos en el regazo, examinó la manilla. La humedad de la cueva había oxidado la superficie del metal, pero este seguía siendo sólido.

¿O no? Con la mano derecha la hizo girar, palpándola, y tuvo la impresión de que el metal estaba más oxidado de lo que creían sus captores. Si lo debilitaba un poco más, podría romperlo y abrirlo doblándolo.

En la mano derecha llevaba el anillo que le regalaron sus padres cuando cumplió los dieciocho años. Era un anillo elegante, nada vulgar, con siete diamantes pequeños, perfectos, engarzados en hilera, el del centro más grande y los de los lados más y más pequeños. Los diamantes son duros, y una hilera de ellos semejaba a una sierra. Si lograba hacer un surco en el metal oxidado, podría doblarlo y romperlo.

Comenzó a rascar la parte más oxidada con los diamantes, contenta de que el ruido de las olas rompientes apagaran el sonido que hacía al rascar. El elemento sorpresa le serviría para pasar por detrás de Jed y Howard, si lograba liberarse antes que llegaran los otros contrabandistas. Una vez que estuviera montada en *Chieftain* estaría a medio camino de Dover antes que ellos se dieran cuenta de lo que había ocurrido.

Los diamantes rascaban el metal, pero el progreso era terriblemente lento. Seguía atrapada ahí cuando llegaron los demás contrabandistas. Estos estaban muy animados por haber desembarcado y transportado hasta ahí la valiosa mercancía sin ningún incidente peligroso. Aun en el caso de que lograra liberarse, tendría que arreglárselas para pasar por en medio de todo el grupo para escapar.

Se apresuró a apoyar las manos en el regazo cuando Hawk se acercó a examinarla, y puso la mano derecha sobre la manilla.

—¿Qué voy a hacer contigo? —masculló él.

Howard soltó un ladrido de risa.

—Cuidado, capitán, que patea tan bien como muerde. Como un caballo, necesita que la domen para ensillarla. Yo estoy dispuesto a cabalgarla.

—Somos contrabandistas, no delincuentes —dijo Hawk, secamente—. Una lástima que no sea una chica del pueblo de la que nos podamos fiar, de la que sepamos que mantendrá cerrada la boca acerca de nosotros.

—Preocúpate de ella después, Hawk —dijo uno de los hom-

bres ofreciéndole una jarra de humeante ponche—. Es hora de celebrar una buena operación.

Hawk le dio la espalda a Kiri.

—Llévale una jarra a Swann, que está arriba esperando a Mac. Se merece un trago caliente.

Kiri los observaba inquieta. La mayoría de los contrabandistas eran hombres de familia y no dados a asesinar. Pero la bebida puede volver violentos incluso a hombres sensatos, y Howard, y tal vez otros, podrían ser capaces de matar a sangre fría. Resueltamente reanudó su trabajo de limar la manilla; tenía que hacer algo, si no quería volverse loca.

Fue pasando el tiempo, los contrabandistas se emborracharon, y de pronto entró en la cueva el demonio del infierno.